

"EL AFER" Padilla-Castro

A mi amigo el doctor Padilla Castro, que es consonante, sin vela en este entierro.

Aunque a este oscuro comentarista don Fidel Castro Ruz le ha parecido siempre un desorbitado y ansioso caballero a la búsqueda de notoriedad —venga ésta por el camino que viniere—; y aunque le parece que cambiar el imperialismo yanqui por el imperialismo ruso significa algo muy parecido a quitarse lo bizco del derecho para bizquearse del izquierdo; y aunque no cree que la salvación económica de las clases trabajadoras esté en el comunismo, férrea organización que requiere, para subsistir, de una dictadura que no tiene por dónde cogerla para hallarle explicación razonable, ahora, en el caso del poeta Heberto Padilla, que tanto revuelo ha causado en el mundo, don Fidel, tiene toda la razón.

El conocido, laureado y celebrado poeta, don Heberto Padilla, no ha sido sometido a ninguna tortura, para escribir su famosa carta fechada en La Habana, a 5 de abril de 1971. Y eso es lo que trataremos de demostrar.

Esta carta, ha provocado y dado origen a otras dos, bajo los números de 1 y 2, firmadas por otra serie de intelectuales que este anónimo comentarista no puede catalogar con certeza sin son de izquierda, centro o de derecha, pues los conoce nada más y ahora, que por el patronímico, ha leído algo de unos pocos y por callado se entiende que nunca les ha echado la vista encima, ya que todos ellos son gente principal que vive, trabaja, escribe, publica y goza de celebridad allende los campos intelectuales suyos, cuya más avanzada frontera de conocimiento termina en la floreciente, vecina y pujante comunidad de Curridabat.

De lo enumerado, se desprende que existen, por lo visto, tres cartas. Una, del Sr. Heberto, y dos, cronológicamente dispuestas en orden, de los intelectuales de gran renombre en estos momentos oscuros que vive el mundo. La primera, está firmada por el poeta Padilla, (don Heberto), y las dos siguientes, por 56 firmas la segunda y por 60, la tercera. Las firmas en esas cartas no son de los mismos pues aunque hay muchos que se repiten en ambas, los hay, en mayor número, que se diferencian. Los que firman la segunda y los que firman la tercera, son todos de primera.

La inicial, la de don Heberto, comienza así: "He meditado profundamente la decisión de hacer esta carta. No la dicta el temor a las consecuencias inevitables y justas de mis actitudes bochornosas, conocidas y demostradas mucho más allá de lo que yo mismo habría podido imaginar. Me mueve un sincero deseo de rectificar, compensar a la Revolución por el daño que puede haberle ocasionado y compensarme a mí mismo espiritualmente. Puedo evitar que otros se pierdan estúpidamente".

Como es fácil observar, el comienzo —que en el fondo, es toda la carta, puesto que el resto hasta el final, es "puro comentario" —no tiene desperdicio, y revela en su máxima exposición el problema en sí, reducido, única y exclusivamente, al manejo de la publicidad, al cuidadoso diseño de una campaña de propaganda intensa lo que ahora se titula en el "argot" comercial moderno, "promoción" de los valores del mismo poeta. El fin de la carta no tiene que ver nada con el problema económico-político de Cuba, al derecho o al revés; ni tiene parentesco con Marx, ni con la zafra, ni con la dictadura, ni con la abolición de la dictadura. La carta, con lo único

José
Marín
Cañas



que tiene que ver, es con la publicidad del poeta. Si el poeta usara estos procedimientos al frente de una oficina de publicidad de una fábrica de chorizos chicaguenses, los chorizos se venderían en Extremadura, cuna tradicional de los chorizos legítimos.

El problema se originó cuando el poeta, (don Heberto) ansioso de publicidad, adoptó conienzudamente la posición filosófica de enfrentarse, poéticamente, al régimen imperante en Cuba. Y adoptada esa posición, comenzó a soltar venablos contra todas las figuras del retablo marxista: Don Fidel, el doctor Guevara, Dorticós, Raúl, el benjamín de la familia, etc. Este ataque frontal del poeta, debió lograr una gran audiencia, puesto que el mismo lo reconoce, vanagloriándose secretamente de su triunfo, cuando dice: "mis actitudes conocidas y demostradas más allá de lo que yo mismo habría podido imaginar". El poeta, como se ve, está asustado de la importancia que él tiene, y que su palabra fulgurante posee. ¡Ni él mismo lo hubiera podido suponer! A Beethoven le pasaría igual, si resucitara y oyera la "Quinta" o la "Novena", bajo la batuta de von Karajan.

Todos los intelectuales de izquierda, —que son de izquierda porque viven en países democráticos, pero que si los trasladaran a los países de izquierda, se tornarían al lado contrario con la velocidad de la luz, porque la vida en los países de izquierda no la aguanta ni la madre que la parió—, estaban muy satisfechos de que el poeta, don Heberto, sostuviera una encarnizada oposición contra el régimen de izquierda del conocido y celebrado don Fidel. Eso demostraba, a ojos vistas, y sin discusión de especie alguna, que un país de régimen dictatorial de izquierda, como lo es el régimen dictatorial de izquierda cubano, podía ser de izquierda y dictatorial, sin que ello fuera en menoscabo de la actitud humana, democrática, liberal y justa del patrón de la casa. Así, Fidel aparecía, sin que fuera posible desmentirlo, un hombre cabal. Lo que se llama, un hombre cabal. Y así, también quedaba demostrado que don Heberto era un gran poeta, un rebelde, un fiero mártir dispuesto a jugarse la para luchar contra el "dictador". Todo este "film" era apasionante y alcanzaba los honores de uno de Hitchcock. Tenía también la grandiosidad de escenario, de los espectáculos de De Mille.

Cuando la cosa llegó a su punto más alto, el poeta decidió cambiar el rumbo de su publicidad, y mandó una carta al dictador, (que sigue siendo, como Uds. saben, don Fidel) asegurando su arrepentimiento, en un acto de contricción y un propósito de enmienda. Este golpe escénico, que algunos han considerado muy superior al de la entrega de las tablas, en el Sinaí, a Charlton Heston, levantó una polvareda mundial. Pareciera que al poeta, don Heberto, le habían lavado el cerebro con "Rinso", que lava aún más blanco, como es fama y todo el mundo lo sabe, por medio de la Televisión, nuestra moderna fuente de cultura.

El Sr. Padilla logró, mediante el primer truco de ser contrarrevolucionario, una fama que escribiendo versos es posible no la hubiera logrado ni para el

siglo XXII, —suponiendo que siguiera al mismo ritmo de producción con el que se escriben ahora los versos, que ni tienen que ser entendibles ni consonantes—. Y con la carta del arrepentimiento, y su traslado del campo contra-revolucionario, al campo revolucionario, "adicionó", (legítimo vocablo de la más pura y ortodoxa angli-parla) una explosiva reputación de mártir, que era el detalle que le faltaba. El poeta Padilla posee un gancho de izquierda y uno de derecha, que no se quedan por bajo de los de Frazier.

Cuando el poeta fue detenido, detención que terminó con la carta del arrepentimiento, 56 intelectuales se dirigieron a don Fidel. Lo mollar de la masiva interpelación podríamos resumirlo en lo siguiente: "Los firmantes, solidarios con los principios y metas de la Revolución cubana... el hecho nos hace temer la reaparición de un proceso de sectarismo más fuerte y peligroso... el empleo de métodos represivos contra intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica".

Después de que se dio a la publicidad la carta de don Heberto, los intelectuales volvieron a la carga, con la tercera carta de este naipe de tres, y cuyo meollo podría resumirse así: "Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negativa de la legalidad y la justicia revolucionaria".

Nuestro estimado don Fidel —de cuyos predios recibí no hace mucho una caja de puros que me trajo un vigoroso periodista de izquierda, y digo vigoroso no solamente por su estilo sino porque la caja fue un regalo, un brillante regalo para un "cavernícola reaccionario"—, terminó todo este entrecruce de misivas con unas declaraciones que son un poema: "Seudo izquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma... Algunos de ellos son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses... Pero lo que es con Cuba, a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás, ¡jamás!, ni defendiéndola. "No nos conviene que nos defiendan", les diremos. Ya saben, señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses: Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!

En esto terminó el "afer" Padilla-Castro, que revolucionó al mundo intelectual, de los que creen que siendo izquierdista se alcanza la popularidad, la gloria y se cumple con la conciencia.

NOTA:

El autor suplica no fijarse en la sintaxis de don Fidel. Y menos, en la prosodia. Lo que sí es para fijarse, es en lo que dice: Manda al cuerno de Satanás a todos los izquierdistas que quieren imponerle moralejas burguesas.

Don Fidel tiene razón.— Si se es revolucionario de izquierda debe serse en el campo de la acción, al mismo tiempo si es del caso que en el de la doctrina. Porque al comunismo le pesa lo que, como decía don Ricardo, le pasaba a la muerte: "Una cosa es verla venir y otra, hablar con ella".

Que sirva de escarmiento para lo que, idealísticamente, andan detrás del brillo-ajax, de la vanidad-pop, y de la gloria acrílica. De serlo así, estarán expuestos al "papelón" que les tenía reservado el terrible amor pasajero de Cuba. El "afer" Padilla Castro, resume el grado de delirante desesperación en que enloquece la siniestra y desventurada epopeya roja.